

RAFAEL AZCONA

Los europeos

PRIMERA PARTE

LA HABITACIÓN, DIECISÉIS METROS cuadrados de baldosas rojas y azules, estaba pintada al temple; una mancha de humedad descendía del techo en uno de sus ángulos. Entre la puerta y la ventana abierta al patio se alzaba el armario, barato y pretencioso, coronado por una moldura embadurnada de nogalina; en su luna mal azogada se reflejaba la cama turca, adosada a la pared y cubierta de la cabecera a los pies por un percal color vino. Entre el baúl y la cama estaba la mesilla, alta y zancuda, con el tablero de mármol ocupado por un flexo, una botella de coñac mediada, un moderno despertador y la fotografía enmarcada de un matrimonio a la moda de los años veinte. Junto a la mesilla, del respaldo de la única silla de la pieza colgaba un traje gris, y en el asiento, bajo un número del diario *Pueblo*, blanqueaban una camisa y un calzoncillo. Encima de la cabecera de la cama, un calendario clavado en una estampa de la Virgen del Perpetuo Socorro aparecía abierto por la hoja del mes de junio de 1958, y en la pared frontera, entre el armario y la puerta, un diploma enmarcado y encristalado anunciaba en letra redondilla que don Miguel Alonso Ruiz, nacido en Zaragoza el día 29 de diciembre de 1927, era delineante.

Miguel entreabrió la puerta desde el pasillo y una voz de mujer preguntó:

—Qué, ¿a la cama ya?

—Sí, Luisita. Estoy cansado.

—No me extraña, con estos calores.

Se abrió del todo la puerta y la luz que se escapaba del flexo iluminó débilmente a la pareja en la oscuridad del pasillo. La mujer, fondona, tenía el rostro crispado por una mueca de dolor y con las

manos sujetaba los bordes de una bata de satén rosa; el hombre, joven, delgado, en pijama y descalzo, sostenía en las manos una toalla, un vaso, un cepillo de dientes y un tubo de pasta dentífrica.

—No sé lo que va a ser de nosotros cuando apriete el verano.

—Al hablar, a la mujer se le agudizaba la expresión de sufrimiento—. Dichoso usted que puede dormir, hijo.

—¿Los dientes?

—Los dientes, don Miguel. A mí no hay quien me quite de la cabeza que ese dentista me ha hecho una chapuza. Mire las encías, en carne viva. La mujer alargaba el cuello, cerrados los ojos y abierta la boca para estirarse la mejilla con sus dedos huesudos y aporcados. Con una mueca de repugnancia, Miguel desvió la mirada para no ver la fría e inmaculada regularidad de la dentadura postiza:

—Ya, ya.

—Una carnicería, don Miguel.

Miguel ya había entrado en su habitación.

—Cuestión de paciencia, Luisita. A ver si descansa usted, el sueño quita todos los males.

Liberada su mejilla, Luisita sujetó la puerta:

—No voy a pegar el ojo. Y todo porque esta mañana he tenido el antojo de comerme una porra. Ya ve, hijo, una cosa tan blandita.

A pesar de la disimulada resistencia de la mujer, él continuó cerrando la puerta:

—Nada, eso es hasta que se acostumbre.

—¡Acostumbrarme! ¡Que son ya dos semanas, don Miguel! Una gangrena, eso es lo que me va a venir. En fin, que el Señor me lo tenga en cuenta. Le he metido la muda en el armario. No tenga la luz encendida mucho rato, hijo, que luego los meses caen sin que una se dé cuenta. Además, que la luz artificial es muy mala para la vista.

Ya solo quedaba una rendija entre la hoja y el marco.

—Le echo una ojeada a *Pueblo* y dentro de diez minutos estoy como un tronco. Hasta mañana, Luisita.

—Si Dios quiere, don Miguel. ¡Ay, Jesús, María y José, qué cruz me ha caído encima!... —su voz se alejaba dejando en las tinieblas del pasillo una estela de lamentaciones—: No, si desde que me quedé sola no he tenido cosa buena...

Miguel corrió el pasador con un suspiro de alivio y puso sobre la mesilla el vaso, el cepillo y la pasta dentífrica; luego, abriendo la ventana, colgó de una cuerda la toalla, extendiéndola con mucho cuidado, y sobre ella colocó un par de calcetines húmedos que sacó de un bolsillo del pijama.

Por el estrecho cañón del patio ascendía el jadeo de la casa, sofocante y ruidoso, una mezcla de olor a repollo y pescado podrido, gritos de mujer y música radiofónica; mientras sujetaba los calcetines con dos pinzas de plástico miró hacia arriba, hacia la media docena de estrellas que enmarcaban los aleros del tejado, y aspiró una bocanada de aire justo en el momento en que abajo alguien recorrió una falleba e hizo tronar la bronca descarga de una cisterna. Miguel entornó las contraventanas precipitadamente, dejó en un cajón del armario el paquete de Omo que le abultaba un bolsillo del pijama y se humedeció las palmas de las manos con agua de colonia.

Se acostó. Acababa de abrir el periódico cuando en el pasillo se oyó el girar de una llave en la cerradura de la puerta del piso; en una fracción de segundo Miguel dejó caer el diario al suelo y apagó el flexo. En las baldosas del pasillo resonaron unos tacones de mujer y se oyó su voz, cantarina:

—Tú díselo, que pareces tonto. Los otros están malmetiendo, y tú como si nada.

Se cerró la puerta con estruendo y un hombre dijo, tranquilo:

—Que no, Carmen, que yo no se lo debo decir.

Desde las profundidades de la casa gritó Luisita:

—¿Son ustedes, Carmen?

—Sí, Luisita. ¿Qué tal va eso?

—Mal, hija, mal.

Sobre la voz doliente y lejana, se oyó un susurro de los recién llegados. El hombre lo cortó, musitando:

—Bueno, pregúntale.

—Luisita, ¿quiere usted algo? ¿Necesita alguna cosa?

—No, gracias, guapa. Me he tomado un Luminal, que es todo lo que puedo hacer.

—Hasta mañana, entonces.

—Si Dios quiere, Carmen.

—Buenas noches, Luisita.

—Buenas noches, Venancio.

Los pasos de la pareja se acercaron hacia la habitación de Miguel; muy cerca se abrió y se cerró una puerta, y las voces empezaron a sonar en el cuarto contiguo; el diálogo perdía algunas palabras al atravesarlo, pero resultaba inteligible: la mujer recriminaba al hombre por no atreverse a reclamar algo que era suyo, amenazándolo con reclamarlo ella; el hombre se resistía a comprometerse y la mujer, llamándolo calzonazos, razonaba: si recuperaban el dinero podrían comprarse un piso en Alcorcón y escapar de aquella habitación realquilada.

Arrastraron una silla, se cerró un cajón y le dieron cuerda a un despertador que, durante un segundo, alborotó la casa con su campanilla.

—Carmen...

La mujer no contestó y el hombre, después de pedirle que no se enfadara, le preguntó a qué hora debía poner el despertador. La loza de lo que debía ser un orinal se arrastró sobre las baldosas y la mujer protestó: ¿no podía ir al váter? Y se embarcó en un monólogo a cuenta del piso que podían comprar en Alcorcón: nada de agencias, mejor ir los domingos y preguntar directamente, porque ella ya no podía seguir viviendo de aquella manera, que ni hijos podían tener...

El inconfundible restallar de una palmada cortó el monólogo. La mujer protestó, gritando:

—¡Que no me des en el culo, coño!

El hombre canturreó algo y la mujer soltó una carcajada. Rechinaron los muelles de un jergón, el hombre canturreaba, a la mujer se le escapaban unas risitas entre sofocados «no», «no», «no».

La voz del hombre se alzó para proponer:

—Qué, ¿nos tomamos una cañita?

Ahora las voces atravesaban el tabique sin perder ni una sílaba:

—Bueno, pero tienes que hablar con Jiménez.

—Venga, ponte.

Y, en el mismo instante, lejano e implacable, el teléfono repiqueteó en el fondo del pasillo. Callaron en la habitación de al lado y los músculos de Miguel se crisparon bajo la sábana. La mujer, malhumorada, se preguntó:

—¿Quién puñetas será?

Salía de su cuarto Luisita, rezongando:

—Vaya unas horas de molestar... ¡Diga! ¿Quién? Sí, es aquí, pero ya se ha acostado... ¿Cómo?... Ah, perdone, perdone... Sí, soy su patrona... Ahora mismo le llamo.

Alzó la voz, arrastrando las zapatillas por las baldosas.

—¡Don Miguel! ¡Que le llama el señor Barrio!

Sudoroso, rígido, Miguel la dejó llegar hasta su puerta. Luisita la golpeó con los nudillos:

—Don Miguel, que es su jefe... Que es el señor Barrio... ¡Despiértese!

Miguel simuló un formidable bostezo:

—¿Qué pasa?

—Al teléfono, su jefe.

Salíó al pasillo restregándose los ojos con exagerada saña.

—Con lo dormidito que estaba el pobre —lo compadeció Luisita, volviendo a su habitación.

—Buenas noches, don Jesús. ¿Qué desea?

A su saludo —servil, con un amago de inclinación de cabeza— correspondió el auricular con una carcajada estridente:

—No seas imbécil. ¿Crees que mi padre es tan negrero como para llamarte a estas horas? Venga, te espero en Jimmy's. Nos vamos a Ibiza, Miguelito.

—¿Qué?

—He convencido a mi progenitor. Ahora estoy con el panameño que te dije. ¡Todo arreglado: tiempo, dinero y libertad absoluta! Vente inmediatamente; si no estás aquí antes de la una, vamos nosotros a buscarte... Miguel, ¿estás ahí?

—Sí, sí. Pero en pijama.

—Pues vístete. Ibiza nos espera.

—¿Y no puede seguir esperando hasta mañana? Aparte, yo no sé si quiero ir a Ibiza.

—Por eso te digo que vengas, para que te explique el panameño lo que es aquello.

—Que no, Antonio. Yo me vuelvo a la cama.

—¿Y cuándo ponemos el telegrama? Porque el piso hay que reservarlo ya.

—¿Qué piso?

—Tú, ven, que te conviene. ¿No te he dicho que mi padre está de acuerdo?

Después de dudar unos momentos, Miguel dijo:

—Está bien, iré. —Miró su reloj—. Pero a las tres como máximo me vuelvo a casa. A mí no me lías.

La membrana del auricular se estremeció otra vez con una carcajada:

—Tranquilo. Esta noche, de meternos en juerga, nada: eso lo dejamos para Ibiza.

Volvió a su cuarto, quitándose el pijama. Mientras se ponía el calzoncillo, pegó la oreja al tabique y escuchó, conteniendo la respiración: del matrimonio ya no se oía nada.

EL PORTERO, EN MANGAS de camisa y sentado en una silla de paja, charlaba de ciclismo con el sereno. En la acera tenían una botella de vino con el corcho atravesado por una caña, y al salir Miguel de la casa, le ofrecieron, cordiales:

—¿Un traguito, don Miguel?

—No, gracias.

—Endíñele, que está fresco y tiene gaseosa...

—No, muchas gracias. Vaya noche, ¿eh?

—Ni un soplo de aire corre. Este verano palmamos, don Miguel.

—Bueno, hasta mañana.

—A divertirse, hombre, que para ustedes los jóvenes es la vida.

La calle, corta y mal iluminada, desembocaba en la de Luchana. En algunos balcones y en muchas puertas había gentes que se hacían la ilusión de tomar la fresca. Miguel siguió hacia la glorieta de Bilbao, caldeada por el aliento de sus bocas de metro y por la multitud que la atestaba; en las terrazas de los cafés parecía haber caído todo el vecindario de Chamberí, y los camareros, sorteando a los niños que jugaban entre las mesas, iban de un lado para otro cargados de cervezas, horchatas, cocacolas y jarras de agua.

En su camino hacia la calle Fuencarral, Miguel cruzó entre las mesas del Comercial. Colgado de sus muletas, el mendigo de todas las noches soltaba sus alaridos, confundiendo y revolviendo las letras del repertorio folklórico del momento:

—¡España, mía,
cuánto te quiero,

junto a mi Cristo del Gran Poder,
España mía,
yo te venero,
por el camino verde
y sin tus besos, morena,
me moriré...!

Cuando Miguel pasaba junto al desagraciado, alguien llamó desde una mesa:

—¡Miguel!

—Hola, Velasco.

Era un tipo con el pelo aplastado bajo una capa de fijador, unas gafas como lupas, las mejillas rojizas y surcadas por una red de venitas azules.

—¿No se sienta?

—No, me están esperando.

—¿Vendrá luego?

—No creo.

—Vaya por Dios... —Velasco, que tan contento se había puesto al verlo, torció la boca. Y justificó su contrariedad—: Es que me siento incómodo aquí, ocupando yo solo una mesa, ya sabe cómo son los camareros. De todas las maneras, me quedaré hasta las tres o las cuatro, así que...

Se interrumpió, volviéndose hacia la mesa de al lado: una señora con muchas pulseras en los brazos discutía con el mendigo:

—Yo lo que le digo es que si usted no viniera en taxi no tendría que pedir limosna.

—Es que en taxi me da tiempo de cantar en diez o doce terrazas —farfulló el lisiado—. Pero si voy a golpe de muletas, échele hilo a la cometa.

—Mejor estaría usted en su casa.

—Ya. Pero tengo tres hijos y hay que darles de comer.

Velasco bajó la voz:

—Qué país.

Miguel se encogió de hombros en un gesto que valía por «¡Qué le vamos a hacer!» y echó a andar, despidiéndose:

—Si puedo, vengo. Hasta luego.

Había menos bullicio en las aceras de Fuencarral que en las de la glorieta; grupos de mozalbetes obstinados en sacarle partido a la noche del sábado bajaban hacia la Gran Vía, y desde ella subían las familias cargadas de niños: las mujeres hacían alto en los escaparates para discutir deportivamente precios y calidades, mientras los hombres, algunos de ellos con un niño adormilado a cuestas, se daban tabaco y aburridas razones.

Entre el metro de Tribunal y las sombras de las calles de Santa Brígida y de Santa Bárbara, media docena de busconas sonreían o pestañeaban al paso de los hombres, sin atreverse a provocarlos con la voz. Miguel se detuvo a comprar un paquete de pitillos, y mientras la vieja dejaba su cajita en el suelo para buscar cambio entre el lío oscuro de sus faldas, una de las mujeres se acercó contoneándose, echados los hombros hacia atrás para tensar el sostén y poner de manifiesto su busto; la confianza en sus encantos se desvaneció cuando el posible cliente rehuyó su mirada, y la desgraciada se retiró volcada sobre su vientre, arrastrando el bolso que hasta entonces había movido con gachonería.

—Yo no sé a qué salen —gruñó la vieja—. A cada dos por tres les echa mano la policía; pero ellas, ¡duro, que es tarde! Además, si hicieran algo... Pero ¡si pescan un cabrito de Pascuas a Ramos! Más les valdría agarrarse a otra cosa, ¿no le parece?

Miguel recurrió de nuevo al encogimiento de hombros, encendió un pitillo y por la calle de Colón salió a la Corredera. Por los cierres mal encajados de los puestos del mercado escapaba un espeso olor a descomposición, y envuelto en el humo de una fritanga de calamares salía del bar en la esquina de Barco el griterío de unos borrachos. Siguió a buen paso hasta Ballesta, que se precipitaba desierta y tranquila en busca de las espaldas de la Gran Vía; solo

allí, en su arranque, la estrecha calle se animaba con los coches y las gentes que se movían entre una modesta constelación de rótulos de neón; desde Pigalle llegaban las notas de un acordeón, y de Picnic salían unos mocitos aleteando alrededor de una vieja maquillada y elegantísima. Miguel enfiló la puerta de Jimmy's y entró en el local confundido con unos norteamericanos que acababan de apearse de un enorme Buick.

Le golpeó la cara una oscura y casi sólida bocanada de ruido, calor y música. En el mostrador se amontonaban los clientes y en el fondo del establecimiento las mesitas estaban ocupadas. La voz de la chica que cantaba acompañada por el piano se perdía en el barullo de las conversaciones. Miguel tardó en descubrir a Antonio; lo vio en un rincón de la barra, con un vaso en la mano, feliz y radiante, recogiendo y reflejando en sus gafas sin montura la escasa luz que daban las lámparas bajas. Al ver a Miguel, el bigote se le torció en una sonrisa divertida:

—¡Acaba de llegar!

Y apartó a un medio borracho para que Miguel pudiera pasar.

—Hola.

—Miguelito, no pongas esa cara de mártir. Mira, mi amigo el panameño, Pompeyo Frasser. Este es Miguel, Miguel Alonso.

—Mucho gusto.

El panameño movió lentamente sus pesados párpados sobre los ojos saltones.

—Encantado.

—Bueno, ¿qué quieres tomar?

Miguel pidió un coñac con hielo sin cambiar de expresión, Antonio pasó el recado al barman y siguió:

—Todo arreglado. Esta tarde, mientras comíamos, he convenido a mi padre. He tenido que hacer derroches de elocuencia; él estaba empeñado en que lo acompañara a Estados Unidos, pero al final ha tragado. ¡Tenemos dos meses, Miguel, dos meses! Y, agá-

rrate, ¡dinero! El lunes cobrarás los sueldos de julio y agosto, y mi padre te dará, además, una gratificación. Esa me la debes a mí, que conste, pero me conformo con el veinte por ciento de comisión.

Alzaba la voz abaritonada e impertinente sobre los rumores del local, embistiendo contra cualquier riesgo de ser interrumpido; los ojos le chispeaban bajo las cejas alzadas en una mueca de suficiencia y se le torcía el bigote cada vez que caricaturizaba su arenga con una expresión libresca:

—... Imagínate, Miguelito: ¡sesenta días de frenesí y desenfreno! Mi progenitor a miles de kilómetros y nosotros con dinero en una isla por la que pululan las extranjeras dispuestas a sumirnos en el deliquio amoroso. O sea —aclaró hacia el panameño—, a llevarnos a la cama. Cuéntale, Pompeyo, cuéntale.

El panameño, aprovechando el respiro que Antonio se había tomado para beber un sorbo de su copa, pudo decir:

—Ibiza es la capital de la isla, pero yo me quedé en San Antonio. Más movimiento, tú me comprendes...

—Docenas de tías sin prejuicios. —Antonio ya había reposado—. Ah, y todo baratísimo, porque aquello todavía no está explotado por el turismo. Que te diga Pompeyo lo que cuestan las gambas. Tiradas.

—Sí, allí se come mucha gamba. Por el mar, claro.

Antonio no dejó pasar la ocasión de enfatizar:

—El Mare Nostrum. Y en sus aguas, Europa en bikini, Miguelito. ¿Verdad, Pompeyo, que en San Antonio las tías se bañan en bikini?

—Y por la noche completamente desnudas —certificó el panameño.

—Suecas, francesas, alemanas, italianas, ¡así, así las vamos a tener! —Apiñaba los dedos Antonio en un expresivo gesto de abundancia. Y agregó, seriamente—: Y chinas. No te digo más que a la isla ya la llaman el Capri español.

—Chinas había dos —puntualizó el panameño—. Pero estaban en un yate. Yo me dediqué a las nórdicas. Por la cosa del idioma: las nórdicas hablan todas inglés. ¿Tú hablas inglés?

—Ni una palabra. Y este —Miguel ladeó la cabeza hacia Antonio—, menos.

Antonio, displicente, desechó la puntualización:

—El inglés se aprende sobre la marcha. Lo importante es que alquilemos el piso. Nada de hoteles ni pensiones, que si te subes una tía a la habitación te piden el Libro de Familia.

—¿En Ibiza también?

Antonio ignoró la sorna de Miguel y siguió:

—Un piso con su llave y con su independencia. Ahora nos vamos a Telégrafos y reservamos el que tuvo Pompeyo el año pasado.

—Si ustedes se quedan dos meses, seguro que la señora les hace un descuento —metió baza el panameño, mientras Antonio pedía otra ronda—. Dos dormitorios, comedor, baño y cocina. En el centro del pueblo, muy cómodo. Abajo hay un bar y puedes pedir las bebidas por la ventana, ellos te las ponen en una cesta y tú tiras de la cuerda. Pero, claro —torció el gesto, agorero—, si ustedes no dominan el inglés...

—Tonterías —sentenció Antonio repartiendo las nuevas copas. Y asecuró—: A mí, para la cosa sexual, me sobra vocabulario hasta en alemán. Por ejemplo, coito: en alemán coito suena como *beisclafe*.

—Las alemanas son las más fáciles. Sobre todo las mayores.

La información la dio el panameño en el tono de tenerla documentadísima, y Antonio se la presentó a Miguel como un argumento sin vuelta de hoja:

—¿Te das cuenta?

—Ya, las mayores —ahora Miguel echó mano del sarcasmo—. Pero ¿cuánto de mayores?

—A este imbécil le gustan los guayabos, preferentemente vírgenes, rubitas y con los ojos azules; o sea, inaccesibles —se burló

Antonio. Y siguió, ahora en el tono de un técnico en la materia—: Aparte, en la cama las vírgenes no hacen más que llorar pensando en lo que les va a reñir el confesor; en cambio, las damas de cierta edad, y sobre todo las que llevan una vida disipada, en lo único que piensan es en matarte a orgasmos. Que es de lo que se trata. Venga, nos bebemos esta copa y nos vamos a Telégrafos.

—No sé... —Miguel cabeceaba—. Yo tenía pensado pasar las vacaciones en Zaragoza, no he ido desde las fiestas del Pilar... Pero, claro, dos meses en Zaragoza...

—Mortales, no me lo cuentes. Me acuerdo de una vez en provincias, en Vitoria. —Antonio iba a seguir dogmatizando, pero algo atrajo su atención y calló, estirando el cuello para mirar hacia la puerta.

Volvió la cabeza Miguel y vio a dos cuarentonas, morenazas, con las cabezas lacadas y mucha pechuga. Habían entrado solas y parecían dudar, sin decidirse a seguir adelante o volverse a la calle.

—Oye, ni que me hubieran oído hacerles la publicidad. —Antonio se atusaba el bigote—. Vaya par de maduras.

—Ni hablar. —Miguel se bebió su copa de un trago—. Yo he venido a hablar de Ibiza, ya he hablado de Ibiza y ahora me voy a dormir. Además, querías ir a Telégrafos.

—Es que están buenísimas y solas.

Superadas sus vacilaciones, las mujeres seguían hacia el fondo del establecimiento. Antonio le ordenó al panameño:

—Paga tú, luego arreglamos. —Y a Miguel—: Vamos, que nos las quitan.

—Que no.

—Tira, imbécil.

Antonio le empujaba cogido a su brazo.

—Pompeyo tiene coche. Una copa y nos las llevamos al estudio.

Las recién llegadas ya se habían instalado e intentaban llamar la atención del camarero. Antonio se detuvo en los escalones que separaban la barra de la sala del fondo: